

sentimiento por los necesitados, por los que sufren, por los que han sido afectados por la caída y por los que han sido arruinados y dañados. Su ministerio emana del íntimo y profundo afecto que siente por el hombre en Su corazón. De hecho, Él nos presenta a Dios el Padre como Aquel que ansiosamente espera y busca a Su hijo, lo ve desde lejos, es movido a compasión y sale corriendo a su encuentro, lo besa afectuosamente y llora por él. Éste es nuestro Dios, nuestro Dios-hombre Salvador. Aunque aún no hemos visto Su plena expresión, esta palabra con relación a la compasión ha estado en mi ser desde hace un buen tiempo. Espero que esta palabra también esté en todos nosotros como una palabra de bendición, una palabra que llegue a ser el respaldo y la base de nuestro vivir, conducta y obra. Y así como el Señor nos manda en Lucas 6:36, seamos “compasivos, como también [nuestro] Padre es compasivo”.

Oración: Señor Jesús, cuánto necesitamos que vivas en nosotros como el Dios-hombre Salvador. Te agradecemos que, como el Cristo pneumático, nos has regenerado con el extracto de Ti mismo, el Espíritu vivificante. Señor, ahora, como el Cristo pneumático, Tú deseas transformar nuestra alma. Señor, te pedimos que conforme a Tu compasión nos concedas la misericordia de que nos derritamos interiormente delante de Ti y abramos todas las partes internas de nuestro ser, pidiéndote intensamente en oración que Tú te extiendas en nosotros, nos llenes, nos empapes, nos satures y hagas Tu hogar en nosotros. Querido Señor, fórmate en nosotros, vive en nosotros y reproducete completamente en nosotros hasta que en esta tierra, en cada ciudad, exista el Dios-hombre corporativo: Jesús viviendo otra vez Su vida de Dios-hombre en Su Cuerpo, la iglesia. Señor, toma estas endebles palabras y bendícelas y alimenta a Tus queridos santos. Fórtate en nosotros de manera tal que puedas ver la gloria de Dios expresada en belleza humana. Señor Jesús, te amamos y nos entregamos a Ti una vez más. Amén.—R. K.

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DEL EVANGELIO DE LUCAS

El Salvador-Hombre y Su salvación dinámica (Mensaje 5)

Lectura bíblica: Lc. 2:11, 30; 3:6; 19:9

- I. El Señor Jesucristo es el Salvador—Lc. 2:11; Jn. 4:42:
 - A. El Señor es el Salvador de la humanidad caída basado en Su persona y Su obra redentora—Ro. 3:24; Ef. 1:6-7.
 - B. El Señor Jesús es Dios que se hizo hombre para ser nuestro Salvador, y Él efectuó una salvación completa para nosotros, los pecadores, mediante la cual puede salvarnos de la condenación de Dios y de nuestra condición caída—Jn. 1:1, 14; 4:42.
 - C. Lo que Él es y lo que Él logró lo facultan para ser el Salvador que es capaz de salvarnos al máximo de todos nuestros problemas—He. 7:25.
 - D. El Señor Jesús fue exaltado a la diestra de Dios como el Salvador—Hch. 5:31:
 1. La encarnación hizo que Jesús fuera un hombre, y Su vivir humano en la tierra lo hizo apto para que fuera el Salvador del hombre—Lc. 1:31-32, 35; 23:14-15.
 2. Su crucifixión logró plena redención a favor del hombre, Su resurrección vindicó Su obra redentora, y Su exaltación lo investió como el Líder soberano para que pudiese ser el Salvador—Hch. 2:22-24, 32, 36; 5:31.
 3. El hecho de que Dios lo exaltara constituyó el paso máximo en el cual fue perfeccionado por Dios para ser el Salvador del hombre—He. 2:10; 5:9.
- II. Como el Salvador, Cristo mismo es la salvación que Dios preparó para nosotros y la cual nos dio—Lc. 2:30; 3:6; 19:9:
 - A. La profecía de Zacarías se refiere al mover redentor de Dios en beneficio de Su pueblo para la salvación de ellos, el cual se realizó cuando Cristo fue levantado primero en Su humanidad como cuerno de salvación en la casa de David y luego en Su divinidad como el sol naciente que viene desde lo alto

mediante la rica misericordia de Dios y conforme a Su pacto santo—1:67-79.

- B. Jesús el Salvador era el sol naciente para aquella época oscura—v. 78:
1. Su venida puso fin a la noche del Antiguo Testamento y dio inicio a la luz del Nuevo Testamento.
 2. Como el fruto mencionado en la bendición de Elisabet, Él es vida para nosotros—v. 42; Jn. 14:6.
 3. Como el sol de la profecía de Zacarías, Él es luz para nosotros—Lc. 1:78; Jn. 9:5; Mt. 4:16.
 4. Como tal, es el que efectúa la obra redentora de Dios y es el centro de la misma, a fin de que Su pueblo obtenga la salvación.
- C. El Salvador es la salvación de Dios; cuando Él viene, viene también la salvación de Dios—Lc. 3:6:
1. La salvación es Dios mismo; en el Nuevo Testamento Jah Jehová, quien es la salvación (Is. 12:2), es Jesús, el Dios encarnado—Mt. 1:21; Lc. 2:30.
 2. Ver y recibir al Salvador-Hombre equivale a ver y recibir a la salvación de Dios—19:1-3, 9.
- III. El más alto nivel de moralidad del Salvador-Hombre es lo que lo faculta y es el factor básico para que Él pueda efectuar Su salvación dinámica—1:31-32, 35:
- A. El Salvador-Hombre fue concebido de Dios con los atributos de Dios, a fin de que éstos fuesen el contenido y la realidad de Sus virtudes humanas—v. 35:
1. Las virtudes humanas del Señor estaban llenas de los atributos divinos—5:12-14.
 2. La encarnación del Salvador-Hombre fortaleció, enriqueció y santificó las virtudes humanas, e introdujo los atributos divinos en las virtudes humanas con miras a la expresión de Dios—10:25-37.
 3. Cuando Cristo se encarnó, Él se vistió de las virtudes humanas, las cuales Dios había creado para el hombre a fin de que éste le expresara—Gn. 1:26.
 4. En el Salvador-Hombre los atributos divinos y las virtudes humanas se mezclan como una sola entidad; los atributos divinos están en las virtudes humanas, y las

virtudes humanas contienen los atributos divinos—Lc. 1:35; 2:40, 52.

- B. El Salvador-Hombre nació de la esencia humana con las virtudes humanas, a fin de rescatar estas virtudes de la caída del hombre, y restaurarlas y recobrarlas del daño de dicha caída—Mt. 1:18, 20; Lc. 1:27, 31-32.
- C. El Salvador-Hombre se encarnó a fin de elevar las virtudes humanas al más alto nivel: el nivel que concuerda con los atributos de Dios, con miras a la expresión de Dios—Mt. 5:20.
- D. La encarnación del Salvador-Hombre produjo el más alto nivel de moralidad, y esta moralidad es para el poder salvador de Su salvación dinámica—Lc. 1:35:
1. A fin de salvarnos, Dios entró en el hombre, lo cual introdujo los atributos de Dios en las virtudes humanas; Él llevó la vida de un Dios-hombre, en la cual los atributos divinos llenaban las virtudes humanas; y luego murió en la cruz y fue resucitado—23:33-34; 24:1-7, 26, 36-40.
 2. En Su resurrección Él fue hecho Espíritu vivificante, y como Espíritu, Él entra en nosotros para introducir a Dios en nuestro ser y llenar nuestras virtudes con los atributos divinos—1 Co. 15:45; 6:17; Ef. 3:16-17a.
 3. Cuando nos salva, Él entra en nosotros como Aquel que posee las virtudes humanas llenas de los atributos divinos; esta vida nos salva desde nuestro interior y eleva nuestras virtudes humanas, restaurándonos y transformándonos—Ro. 12:2.
- E. El más alto nivel de moralidad es lo que facultó al Salvador-Hombre para efectuar Su salvación dinámica; el mejor ejemplo de esto es la parábola del buen samaritano, lo que muestra que este samaritano expresó en su vivir el más alto nivel de moralidad y salvó al perdido mediante Su nivel de moralidad—Lc. 10:25-37.
- F. El más alto nivel de moralidad también constituye el factor básico para que Él pudiera efectuar Su salvación dinámica; vemos esto en el caso de Zaqueo—19:1-10:
1. Cuando el Salvador-Hombre vino a la casa de Zaqueo (v. 5), vino con el Espíritu de poder y con la vida eterna e indestructible, a fin de impartírselos en el momento en que creyera en Él—4:18; He. 7:16; Jn. 3:15.

2. El Espíritu con la vida eterna, como electricidad divina, estaba en la humanidad del Señor, cuya norma era la más elevada; más alto nivel; cuando Él miró a Zaqueo y le habló, el Espíritu con Su vida eterna entró en él, y Zaqueo respondió—Lc. 19:6-9.
 3. Nuestro Salvador, quien resucitó, ascendió y fue exaltado por Dios, es como un enorme imán que atrae a las personas a Sí mismo, y nosotros hemos sido atraídos por Su dinámico poder salvador—He. 12:2.
- G. El dinámico poder salvador del Salvador-Hombre está constituido de Su más alto nivel de moralidad en la cual se encuentran Su poderoso Espíritu y Su vida eterna; ¡cuánto necesitamos a este Salvador-Hombre y Su salvación dinámica!

MENSAJE CINCO

EL SALVADOR-HOMBRE Y SU SALVACIÓN DINÁMICA

Oración: Querido Señor Jesús, te amamos. Nuevamente venimos a sentarnos a Tus pies y escuchar Tu palabra. Nuestros ojos están puestos en Ti. Nuestra mirada está fija en Ti, pues eres como un gran imán que nos atrae. Tú, el Salvador-Hombre, eres quien nos has atraído, embelesado e, incluso, cautivado. Atráenos, embeléanos y cautívanos nuevamente. No nos basta con conocerte de una manera meramente objetiva. Queremos ser ganados por Ti de una manera muy personal y subjetiva. Señor, también oramos pidiéndote que nos reveles Tu salvación dinámica. Muéstranos no solamente lo que eres, sino también lo que has realizado. Tu salvación no es una salvación débil, sino una salvación verdaderamente dinámica, poderosa y capaz de salvarnos a lo sumo. Sálvanos hasta el final y por la eternidad. Sálvanos hasta que lleguemos a ser Tú. Guíanos paso a paso. Fortalece nuestros cuerpos físicos y las facultades de nuestra mente, y fortalécenos en nuestro hombre interior.

Este mensaje, titulado: “El Salvador-Hombre y Su salvación dinámica”, da continuación a todos los mensajes anteriores, pero más específicamente, al segundo mensaje sobre el más alto nivel de moralidad. El Salvador-Hombre y Su salvación dinámica no son otra cosa que la persona del Señor Jesús y Su obra. Su condición de Salvador-Hombre hace que nuestro Señor sea plenamente apto para ser nuestro Salvador. En Su condición de Salvador-Hombre, Sus virtudes humanas estaban llenas de los atributos divinos y, esto siendo el caso, Él manifestó en Su vivir el más alto nivel de moralidad. Esta moralidad del más alto nivel no solamente lo hizo apto para salvarnos dinámicamente, sino también para salvarnos de una manera completa y perfecta.

Hoy en día existe en la sociedad, como lo ha sido a lo largo de la historia de la humanidad, una preocupación por la cuestión de la moral humana. La razón por la cual existe en el hombre esta preocupación por la moral se debe a que el hombre fue creado de una manera muy particular. No debíamos pensar que el hombre que Dios creó era

malo. Incluso es incorrecto pensar que el hombre creado por Dios tuviera defecto alguno. El hombre fue creado a la imagen de Dios (Gn. 1:26), lo cual significa que fue creado en conformidad con la expresión de la sustancia interna de Dios y con la forma de Sus atributos y características.

Vemos esto con la mayor claridad cuando consideramos cuatro atributos de Dios: el amor, la luz, la santidad y la justicia. En 1 Juan 4:8 se nos dice que Dios es amor. El amor es un atributo del ser interno de Dios, y cuando este aspecto de Su ser es expresado, percibimos dicho amor. El hombre fue hecho a la imagen de Dios, y parte de esta imagen corresponde al atributo divino del amor. El apóstol Juan también nos dice que Dios es luz (1:5). La luz no es meramente algo que Dios irradia, sino que es algo que emana del ser interno de Dios. La luz es Dios mismo, y cuando este aspecto de Dios es expresado desde el interior de Su ser, tenemos luz. La santidad es otro atributo de Dios. Dios no solamente es santo, sino que Él mismo es la santidad (Ap. 4:8). Un cuarto atributo de Dios es la justicia. Jeremías 23:6 nombra a “Jehová, justicia nuestra”. Estos cuatro atributos —el amor, la luz, la santidad y la justicia— componen el ser mismo de Dios, y cuando estos aspectos del ser de Dios son expresados, le conocemos a Él en Sus atributos.

Génesis 1:26 afirma que el hombre fue formado a la imagen de Dios. Esto quiere decir que el hombre fue hecho a la imagen de esos atributos y con la capacidad de expresarlos. En el momento de la creación, el hombre no poseía la realidad ni la sustancia misma del Ser Divino, pero fue creado con virtudes humanas muy similares a los atributos divinos. Cuando Dios creó a Adán, forjó en el interior del hombre un facsímil, una copia, de Sus atributos divinos. La nota 3 de Génesis 1:26 dice:

La imagen de Dios, que se refiere al ser interno de Dios, es la expresión de la esencia interna de los atributos de Dios, de los cuales los más prominentes son el amor (1 Jn. 4:8), la luz (1 Jn. 1:5), la santidad (Ap. 4:8) y la justicia (Jer. 23:6). La semejanza de Dios, que se refiere a la forma de Dios (Fil. 2:6), es la expresión de la esencia y naturaleza de la persona de Dios. Por tanto, la imagen de Dios y la semejanza de Dios no debieran ser consideradas como dos cosas separadas. Las virtudes del hombre, que son internas y fueron creadas en el espíritu humano, son una réplica de los atributos de Dios y los medios por el cual el hombre puede

expresar tales atributos. La forma externa del hombre, creada como cuerpo humano, es una réplica de la forma de Dios. Por tanto, Dios creó al hombre como duplicación de Sí mismo a fin de que el hombre tenga la capacidad de contener a Dios y expresarlo.

Durante siglos, los filósofos han procurado responder a esta pregunta: “¿Fue el hombre originalmente malo o bueno?”. Hay dos conocidos filósofos chinos que dieron respuestas diferentes a esta pregunta. El primero afirmó que al inicio de la existencia humana el hombre era bueno y que su naturaleza también era buena. El otro filósofo afirmó que al inicio de la existencia humana, el hombre era malo. La respuesta a esta pregunta dependerá de cómo definimos “el inicio”. Si tomamos Génesis 1:26 como punto de partida, entonces podemos afirmar que el hombre era originalmente bueno, pues fue hecho a la imagen de Dios. El hombre fue hecho como una copia o duplicado de Dios, y el espíritu del hombre —aquella parte de su ser con la cual el hombre puede comunicarse con Dios, contactar a Dios, recibir a Dios y contenerle— se hallaba lleno de virtudes. Estas virtudes, creadas en el espíritu del hombre, son los medios por los cuales el hombre puede expresar los atributos de Dios: el amor, la luz, la santidad y la justicia. Debido a que el hombre fue creado de este modo, incluso en una sociedad caída como la nuestra de hoy en día, las personas todavía se preocupan por la moral. De hecho, debido a que Dios creó algo muy profundo dentro del hombre que es moral y virtuoso, los seres humanos conservan cierta inclinación hacia lo que es moral, aun cuando no posean una moral real y verdadera.

Si tomamos Génesis 1:26 como el punto de partida, podemos afirmar que el hombre era bueno al principio; pero si tomamos Génesis 3:6 como el principio, entonces tenemos que decir que el hombre era malo al principio. Después de crear al hombre, Dios lo puso frente al árbol de la vida. El árbol de la vida representa al Dios Triuno corporificado en Cristo como vida para el hombre en la forma de alimento con el objetivo de que el hombre fuera lleno de la realidad de Dios con Sus atributos divinos (2:9 y la nota 2). Si el hombre hubiera hecho esto, habría cumplido el propósito por el cual Dios le creó, esto es, expresar a Dios mediante sus virtudes humanas. Los atributos de Dios serían la realidad, el contenido, y las virtudes del hombre serían la expresión, la manifestación externa, de tales atributos. Sin embargo, el hombre no comió del árbol de la vida, sino que comió de otro árbol y el veneno de

Satanás le fue inyectado, y dicho veneno es el pecado. Cuando el pecado entró en el hombre, el espíritu del hombre —aquella parte del ser del hombre en la cual Dios creó las virtudes intrínsecas del hombre— fue muerto. Además, el alma del hombre, aquella parte del ser del hombre creada para expresar las virtudes existentes en el espíritu del hombre, fue severamente contaminada y cambiada en algo malo: el ego, el viejo “yo” y el viejo hombre, lo cual hizo que el alma humana se volviera incapaz de expresar las virtudes creadas por Dios. Después de la caída del hombre, el alma comenzó a manifestar rasgos diabólicos. El cuerpo del hombre también fue completamente dañado y se transmutó hasta convertirse en la carne, llena de pecado y concupiscencia (3:7 y la nota 1). En el principio Dios había creado al hombre en conformidad con Su imagen y semejanza, con la forma de Dios mismo, de tal modo que cuando el hombre fuera lleno de Dios, todo su ser tripartito tendría la capacidad de expresar a Dios a lo sumo. El hombre fue la única criatura creada de este modo y con esta capacidad. Todos los otros organismos vivos fueron creados “según su especie” (1:21, 24-25), pero el hombre fue creado según la especie de Dios (cfr. Hch. 17:28-29a).

Confucio es uno de los filósofos más famosos de la historia china. Sus escritos hablan profusamente sobre la moral y la moralidad, y él podría ser considerado como el padre de la ética china. Confucio, aparentemente, era una persona muy moral, y su moralidad era de un nivel muy elevado. De hecho, en algunos aspectos, su código moral era más elevado que el código moral occidental. Por un lado, sus escritos sobre la moralidad parecen tener su origen en Dios, mas, por otro lado, Confucio carecía completamente de toda realidad. Así pues, mientras Confucio era aparentemente muy moral, Jesús era verdaderamente moral. Jesús manifestó el más alto nivel de moralidad porque Él no era meramente un hombre. Si hubiera sido únicamente un hombre poseedor de la esencia y la naturaleza humanas, no habría sido mejor que Confucio. Pero Jesús era diferente. Él fue concebido en el vientre de una virgen, y esta concepción procedía del Espíritu Santo (Mt. 1:20). Jesús fue el primer hombre en poseer tanto la esencia humana como la esencia divina; era la mezcla, la composición, de la divinidad y la humanidad. Él era Dios y hombre en una sola persona. Confucio era meramente un ser humano, pero Jesús era divinamente humano.

Por ser Jesús un Dios-hombre, poseedor tanto de la esencia humana como de la esencia divina, Su vivir era virtuoso en extremo. Su vivir se conformaba al nivel más elevado, el estándar fijado por Dios para el

hombre en el principio, cuando éste fue creado. Jesús alcanzó tal estándar debido a que Él era un Dios-hombre, una persona que era tanto Dios como hombre. En Jesús los atributos divinos estaban mezclados con las virtudes humanas. Esta mezcla le permitía llevar una vida que se conformaba al más alto nivel de moralidad. Este vivir del más alto nivel de moralidad lo hizo apto para ser nuestro Salvador. Él puede salvarnos no solamente porque es Dios, sino porque es el Dios-hombre. Así pues, no es solamente Dios quien nos salva, sino un Dios-hombre que manifestó en Su vivir el más alto nivel de moralidad. Este vivir del más alto nivel es dinámico y está lleno de poder. Es un vivir dinámico, el cual está lleno de vigor y energía.

El vivir dinámico del Señor Jesús no se parecía en nada al vivir que se procura lograr en el budismo. El budismo afirma que debemos sentir compasión incluso por las hormigas y que no debemos pisarlas. ¿Acaso el evitar pisar a las hormigas constituye un vivir según el más alto nivel de moralidad? Por supuesto que no. Manifestar un vivir conforme al más alto nivel de moralidad implica llevar una vida llena del poder interno de la vida divina, y es este poder el que puede salvarnos a lo sumo (He. 7:25). Ser salvos a lo sumo no significa ir al cielo. Ser salvos a lo sumo es llegar a ser igual a Dios, incluso llegar a ser Dios en vida y naturaleza.

Para tener el debido aprecio por esta salvación, debemos considerar cuán pecaminosos somos. Cuando Dios hizo originalmente al hombre, creó ciertas virtudes en el espíritu del hombre. Pero hoy es difícil detectar estas virtudes dentro del hombre, pues se hallan totalmente sepultadas bajo la humanidad deformada, depravada, envilecida, corrompida y dañada. Jesús, al enfrentar semejante situación, no solamente vino a lavarnos de nuestros pecados y después transportarnos al cielo, sino que vino a efectuar un cambio en nosotros, es decir, a rescatar nuestra humanidad. El Señor vino a restaurar y elevar nuestras virtudes de tal modo que ellas pudieran expresar Sus atributos divinos. Cuando el Señor lleve a cabo esto plenamente en nosotros, seremos como Él es, porque le veremos tal como Él es (1 Jn. 3:2). En esto consiste ser salvos a lo sumo. Ésta es la salvación que cumple el propósito que, según Génesis 1, Dios tuvo al crear al hombre.

El Evangelio de Lucas presenta varios ejemplos que ilustran el vivir del Señor según el más alto nivel de moralidad. Uno de estos ejemplos se halla en Lucas 8:43-48 donde leemos la historia de una mujer que padecía de flujo de sangre. Esta mujer sufrió por doce años de una

hemorragia continua y había gastado todo su dinero en médicos. Ella había intentado curarse con toda clase de terapias, medicinas y tratamientos disponibles y había gastado en ello todo su dinero, pero seguía perdiendo sangre; su vida se le escurría entre las manos. Entonces Jesús vino y, según el relato de Lucas, Jesús ni siquiera vio a esta mujer, sino que ella se le acercó por detrás y tocó los flecos de Su manto. La palabra *tocó* en el versículo 44 es muy significativa. Incluso en la práctica de la medicina, el contacto humano es muy importante. Algo sucede cuando uno es tocado por otra persona, algo es transmitido. A veces este contacto humano llega a ser más eficaz que muchas palabras de consuelo. El Evangelio de Lucas habla mucho de que el Señor tocaba a las personas. El Señor tocó al leproso (5:13) y tocó también el ataúd del hijo muerto de la viuda (7:14). Pero en el caso de la mujer con flujo de sangre, no fue el Señor quien tomó la iniciativa de tocarla, sino que fue la mujer quien tocó los flecos de Su manto. Cuando ella hizo esto, de inmediato se detuvo su flujo de sangre. Aunque ella apenas tocó los flecos del manto del Señor, había suficiente poder como para detener inmediatamente el flujo de sangre del que ella padecía. Ningún médico o tratamiento había logrado esto, pero algo salió del Salvador-Hombre que sanó a esta mujer.

Cuando Jesús percibió que alguien le había tocado, preguntó: “¿Quién es el que me ha tocado?”. Aunque alguien había tocado apenas los flecos de Su manto, Él sabía que alguien le había tocado, así que preguntó: “¿Quién es el que me ha tocado?”, y cuando todos se negaron, Pedro dijo: “Maestro, las multitudes te aprietan y estrujan”. Pero Jesús dijo: “Alguien me ha tocado; porque Yo he sentido que ha salido poder de Mí” (8:45-46).

Mateo 9:20-22 también presenta el relato de la mujer que padecía de flujo de sangre. La nota 4 del versículo 20 sobre *los flecos de Su manto* dice: “El manto de Cristo representa las obras justas de Cristo, y los flecos representan el gobierno celestial (Nm. 15:38-39). La virtud que llega a ser el poder sanador (Mt. 14:36) procede de las obras de Cristo, las cuales son gobernadas por los cielos”. Las obras justas del Señor constituyen la totalidad de Su vivir humano, el cual era conforme al más alto nivel de moralidad. Ésta era la humanidad del Señor y la totalidad de Su expresión humana. Números 15:38, citado en la nota de Mateo, habla de los flecos de los mantos de los israelitas y dice que ellos debían poner “en cada fleco de los bordes un cordón de azul”. La nota 2 de este versículo dice: “Un cordón representa atadura o restricción, mientras

que el azul denota algo celestial. Por tanto, un cordón de azul significa que, como hijos de Dios, nuestra conducta y comportamiento deben ser hermosos y estar bajo la restricción del gobierno celestial”. Si unimos Mateo 9:20 y Números 15:38 a Lucas 8:44-46, veremos que los flecos del manto del Señor representan tanto algo humano como algo divino. Esto implica que en los flecos del manto hallamos la mezcla de lo humano y lo divino, la mezcla de las virtudes humanas y los atributos divinos. Es precisamente en los flecos del manto del Señor donde la divinidad y la humanidad se unen para entremezclarse y fue allí donde la mujer tocó al Señor. Ella tocó, pues, las obras del Señor, las cuales son gobernadas por los cielos y desde las cuales fluyó el poder sanador que es posible únicamente en virtud de los atributos divinos. Cuando ella tocó la humanidad del Señor, salió poder y ella fue sanada. Si nosotros también queremos ser sanados por el Señor, tenemos que tocar la humanidad del Señor.

Al oír que debemos tocar la humanidad del Señor para ser sanados, podríamos preguntarnos: “¿Y qué de Su divinidad?”. La respuesta es que Su divinidad está contenida en Su humanidad. No podemos tocar ni recibir el poder salvador de Dios directamente de Dios. Podemos recibir este poder salvador únicamente por intermedio del hombre, quien es la corporificación de Dios y está lleno de Dios. Cuando tocamos a este hombre, somos salvos dinámica e instantáneamente.

Filipenses 4:8 y 2 Pedro 1:5 también mencionan esta virtud. La nota 7 sobre Filipenses 4:8 dice que la palabra *virtud* significa “excelencia, o sea, energía moral exhibida en una acción vigorosa”. La nota 4 de 2 Pedro 1:5, en referencia a la palabra *virtud*, dice: “literalmente, excelencia [...] denota la energía de la vida divina, la cual produce una acción vigorosa”. Si unimos estas definiciones al cuadro de la virtud del Señor presentado en Lucas, podemos ver que la virtud del Señor está llena de energía ética, la cual no solamente es humana, sino también divina. Esta energía procede de la fuente divina y se exhibe en una acción vigorosa. En otras palabras, esta virtud es dinámica y productiva y resulta en salvación.

El relato de la salvación de Zaqueo en Lucas 19:2-10 también sirve para ilustrar la salvación dinámica producida a raíz de la energía ética de la virtud del Señor. La salvación dinámica del Señor causó que una persona que amaba tanto el dinero como Zaqueo pudiera declarar: “He aquí, Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguno, se lo devuelvo cuadruplicado” (v. 8). ¿Qué es lo

que motivó a Zaqueo, un hombre rico, a hacer algo así? Estoy persuadido de que es mucho más difícil conseguir que un hombre como Zaqueo haga esto que sanar a una mujer que padece de flujo de sangre. El Señor mismo dijo en Mateo 19:24: “Más fácil le es a un camello pasar por el ojo de una aguja, que a un rico entrar en el reino de Dios”, lo cual significa que eso es imposible. No obstante, cuando el Señor miró a Zaqueo y le dijo: “Zaqueo, date prisa, desciende, porque hoy es necesario que me quede en tu casa” (Lc. 19:5), Zaqueo recibió algo del Señor. Él no tocó los flecos del manto del Señor como en el caso de la mujer que padecía de flujo de sangre, pero algo le fue transmitido a su ser.

La transmisión que ocurrió del Señor a Zaqueo puede compararse con el fluir de la electricidad. El Espíritu y la vida eterna son como la electricidad. Para que esta electricidad fluya hacia el hombre, es necesario un elemento conductor, un cable. Las virtudes humanas de Jesús son el “cable” por el que corre la electricidad divina del Espíritu. Este cable permitía que el poder divino fluyera hacia Zaqueo y le permitiera renunciar a sus riquezas. Esto no es algo insignificante, pues Zaqueo era una persona perversa. En su condición de recaudador de impuestos él aumentaba fraudulentamente los impuestos para después aplicar una tasa de interés excesivamente alta a todos los impuestos que la gente debía. Más aún, él hacía esto en colaboración con el gobierno imperialista romano. Zaqueo era un hombre terrible y muy despreciado, nadie quería acercarse a él, excepto el Salvador-Hombre. Tengo la convicción de que el Salvador-Hombre fue a Jericó especialmente para ver a Zaqueo, tal como Él fue a Samaria para encontrarse con aquella mujer en el pozo. Él fue a Jericó a buscar y salvar a este recaudador de impuestos. Zaqueo no fue sanado físicamente, pero fue sanado en sus partes internas. Sanar el cuerpo de alguien no es tan difícil como sanar su alma, su manera innata de ser y sus peculiaridades. En esto consiste la salvación dinámica del Señor.

¡Oh cuánto necesita ser salva nuestra terrible humanidad! Consideremos, por ejemplo, nuestra manera de hablar. Solemos hablar de manera frívola, irracional, irresponsable e, incluso, hiriente. Incluso cuando deseamos ser buenos podemos hablar de este modo. Debido a que nuestras virtudes están corrompidas, nuestra humanidad caída se manifiesta de manera espontánea en nuestro vivir. Por tanto, necesitamos ser salvos. Necesitamos de la salvación dinámica del Salvador-Hombre, una salvación que tiene como fruto la restauración y la transformación. La enseñanza imperante en el cristianismo de hoy es

que Dios vino a redimirnos, lavarnos con Su sangre y, finalmente, llevarnos al cielo. Pero ¿verdaderamente queremos estar en tal clase de cielo, un cielo poblado por una humanidad caída y corrupta? Esto no es lo que Dios, en Su economía, viene haciendo hoy. Nuestro Salvador-Hombre está aquí para sanarnos, transformarnos y conformarnos a Su imagen; en otras palabras, Él está aquí para hacernos iguales a Él. ¡Ésta es la salvación completa! La salvación equivale a la reproducción. Cuando llegemos a ser una reproducción total del Dios-hombre, entonces seremos plenamente salvos.

Los versículos principales para este mensaje son Lucas 2:11, 30; 3:6; y 19:9. Lucas 2:11 dice: “Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor”. *Himnos*, #49 habla del Salvador-Hombre y Su salvación dinámica; además, habla del nacimiento de Cristo. La segunda estrofa dice: “¡Ved la Deidad tan querida / En la carne escondida!”. Ésta es una descripción del Dios-hombre. Después, la tercera estrofa declara: “¡Gloria al Sol de la justicia! [...] Salvación trae en Sus alas, / Luz y vida eternal”. Cristo nos trae luz y vida. En la cuarta estrofa continúa diciendo: “¡Ven Deseado de naciones! / ¡Haz Tu hogar en nuestro ser!”. Que Cristo haga Su hogar en nuestros corazones implica un proceso. Él nos llena consigo mismo como el Dios-hombre poseedor del más alto nivel de moralidad y, al hacerlo, nos salva haciendo Su hogar en nuestro corazón y en todas las partes de nuestra alma. Por medio de este proceso, finalmente somos sanados plenamente. A continuación la cuarta estrofa dice: “La fallida semejanza [a Adán] / Cambia a Tu imagen santa”. Cristo está borrando toda semejanza de Adán, la cual, por la caída, ha llegado a ser la semejanza del diablo, y ahora Él está estampando, inscribiendo, grabando, Su imagen en lugar de aquélla. Todos nosotros fuimos creados a la imagen de Dios, pero aquella imagen fue estropeada, dañada y malograda. Ahora aquella misma imagen junto con su realidad viene siendo estampada, inscrita y grabada en nuestro ser. Esto hace de nosotros hombres conforme al propósito de Dios. Éste es el evangelio más elevado, con el cual debemos ir a todas las naciones a fin de predicarlo.

Lucas 2:30 dice: “Han visto mis ojos Tu salvación”. Que alguien pueda ver con sus propios ojos aquella salvación significa que tal salvación no es una cosa, sino una persona. Ver a Cristo es ver la salvación. Esto es lo que dijo Simeón, a quien el Espíritu Santo le había dicho que no moriría sin antes ver a Cristo el Señor. Cuando él vio a Jesús, le llamó Salvación. En Lucas 3:6 Juan el Bautista también iguala la salvación a

una persona: el Dios-Hombre-Salvador, pues dijo: “Verá toda carne la salvación de Dios”. En 19:9 Jesús da continuación a este pensamiento cuando le dijo a Zaqueo: “Hoy ha venido la salvación a esta casa; por cuanto él también es hijo de Abraham”. Jesús dijo que era la salvación la que había venido, pero en realidad era Jesús quien había venido. Cuando Jesús viene, la salvación viene.

Los himnos que anuncian el evangelio nos ayudan a valorar debidamente la salvación que el Señor efectúa. En un himno de nuestro himnario en inglés (*Hymns*, #1078) se habla de la salvación que experimentamos con referencia a “cuando Jesús viene”. El coro de *Himnos*, #460 declara: “¡Salvador admirable! / Es mi Jesucristo, / ¡Salvador Admirable! / Es Cristo el Señor”. Todos nuestros jóvenes debieran dedicar más tiempo a aprender los himnos del evangelio. Hay muchos himnos muy conmovedores, dulces y agradables que harán brotar lágrimas en nuestros ojos y nos conmoverán en las profundidades de nuestro ser. Cuando uno ve la salvación a este grado, su aprecio por tal Salvador se eleva más y más.

EL SEÑOR JESUCRISTO ES EL SALVADOR

El Señor Jesucristo es el Salvador (Lc. 2:11). Él es el Salvador no solamente de los judíos, o de cierta clase de personas, o de quienes merecen ser salvos; más bien, Él es el Salvador de todos los hombres, especialmente de aquellos que creen. Él es el Salvador del mundo (Jn. 4:42). Lo que nosotros necesitamos no es esforzarnos por mejorar, sino ser salvos; por tanto, necesitamos un Salvador.

El Señor es el Salvador de la humanidad caída basado en Su persona y Su obra redentora

El Señor es el Salvador de la humanidad caída basado en Su persona y Su obra redentora (Ro. 3:24; Ef. 1:6-7). Estos dos aspectos —la persona del Señor y Su obra de redención— son el fundamento con base en el cual Él es el Salvador de la humanidad caída. Cristo pagó el precio más elevado por nuestros pecados con lo cual nos redimió y volvió a tomar posesión de nosotros. En Su redención Él satisfizo todas las exigencias que Dios tenía con respecto a nosotros. Él murió en la cruz a fin de redimirnos, y Su sangre obtuvo una redención eterna para nosotros (Gá. 3:13; He. 9:12). Estos hechos están contenidos en las Escrituras y jamás debieran convertirse en algo manido para nosotros.

El Señor Jesús es Dios que se hizo hombre para ser nuestro Salvador, y Él efectuó una salvación completa para nosotros, los pecadores, mediante la cual puede salvarnos de la condenación de Dios y de nuestra condición caída

El Señor Jesús es Dios que se hizo hombre para ser nuestro Salvador, y Él efectuó una salvación completa para nosotros, los pecadores, mediante la cual puede salvarnos de la condenación de Dios y de nuestra condición caída (Jn. 1:1, 14; 4:42). Tenemos dos problemas. Primero, estamos condenados delante de Dios, pues hemos sido hallados culpables y merecemos tanto la condenación como la ira de Dios; por tanto, tenemos necesidad de ser salvados de nuestra posición de culpabilidad bajo la condenación de Dios. Nuestro segundo problema es interno: estamos en una condición caída. Así pues, no solamente nos encontramos en una posición errónea, sino que incluso la condición de nuestro ser es la incorrecta. Tenemos necesidad de ser salvados de nuestra condición intrínseca de perversidad. Por tanto, tenemos necesidad tanto de la redención jurídica como de la salvación orgánica que únicamente el Salvador-Hombre nos puede proveer.

Lo que Él es y lo que Él logró lo facultan para ser el Salvador que es capaz de salvarnos al máximo de todos nuestros problemas

Lo que Él es y lo que Él logró lo facultan para ser el Salvador que es capaz de salvarnos al máximo de todos nuestros problemas (He. 7:25). Debemos decirles a todas las personas que nuestro Salvador es capaz de salvarlas a lo sumo y librarlas de todos sus problemas.

Nosotros tenemos todo tipo de problemas. Uno de ellos es el pecado. El problema del pecado se halla simbolizado por las muchas enfermedades mencionadas en el Evangelio de Lucas. Según este evangelio, estamos encorvados, somos leprosos, padecemos de flujo de sangre, estamos ciegos y, por último, estamos muertos (Lc. 13:11; 17:12; 8:43; 18:35; 7:12). Lo que el Señor es y lo que Él ha realizado nos salva del pecado y de la muerte, pues Él sana a los enfermos y levanta a los muertos. Además, somos salvos de la maldición de la ley. Este aspecto de la salvación se halla retratado en el relato del buen samaritano, donde se nos dice que aquel viajero había sido golpeado, desnudado y dejado

medio muerto por aquellos que guardaban la ley y se justificaban a sí mismos (10:25-37). Todos nosotros nos encontrábamos bajo condena- ción al estar bajo la ley; así pues, estábamos medio muertos. ¡Cuán maravilloso que hayamos sido salvos de la maldición de la ley! Además, hemos sido salvados del mundo. Más aún, somos salvos de las riquezas, del dios de las riquezas. El dinero es fuente de ansiedad, la cual puede distraernos y hacernos perder el reino. La persona y la obra del Señor le hicieron apto para salvarnos de todas estas cosas negativas.

En un sentido positivo, necesitamos ser salvos a fin de poder ser como Dios y expresarle. Necesitamos ser salvos del maligno veneno del pecado, de la naturaleza de pecado, en todo nuestro ser. Nuestro espí- ritu tiene que ser restaurado a su función original de contactar a Dios. Nuestra alma, en todas sus partes, tiene que ser restaurada y recobrada a su función original y apropiada de tal modo que magnifique al Señor. Finalmente, nuestro cuerpo necesita ser salvo de tal modo que tenga la semejanza del cuerpo glorioso de Cristo. Todo nuestro ser tripartito necesita ser salvo. Tenemos necesidad de ser salvos a lo sumo a fin de llegar a ser la Nueva Jerusalén que Dios desea.

El Señor Jesús fue exaltado a la diestra de Dios como el Salvador

El Señor Jesús fue exaltado a la diestra de Dios como el Salvador (Hch. 5:31). En la mesa del Señor solemos cantar un himno que dice: “Dios se humilló en Él en la tierra, / Dios con el hombre así residió; / El hombre en Él al cielo exaltado, / Reconciliado fue con Dios” (*Himnos*, #68). El Señor Jesús como hombre fue exaltado a los cielos. “Hay un hombre en la gloria, / Su vida es para mí” (*Himnos*, #218). Aquel que está en el cielo no es meramente Dios, sino también un hombre. Por tanto, tenemos que decirle a Satanás en la cara: “Hay un hombre en la gloria. Un hombre ha sido glorificado. Un hombre ha sido entroni- zado. Un hombre ha sido exaltado”. *Himnos*, #68 continúa con este pensamiento: “Él como Dios, se unió con el hombre, / Dios en el hombre se expresó; / Él se mezcló con Dios como hombre, / Glorifi- cando al hombre en Dios”. Este hombre que está en el cielo es el Salvador. Tanto Pedro como los apóstoles declararon: “A éste Dios ha exaltado a Su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arpen- timiento y perdón de pecados” (Hch. 5:31). Si el Señor Jesús no hubiera sido exaltado, Él no habría podido salvarnos.

La encarnación hizo que Jesús fuera un hombre, y Su vivir humano en la tierra lo hizo apto para que fuera el Salvador del hombre

La encarnación hizo que Jesús fuera un hombre, y Su vivir humano en la tierra lo hizo apto para que fuera el Salvador del hombre (Lc. 1:31-32, 35; 23:14-15).

Su crucifixión logró plena redención a favor del hombre, Su resurrección vindicó Su obra redentora, y Su exaltación lo invistió como el Líder soberano para que pudiese ser el Salvador

Su crucifixión logró plena redención a favor del hombre, Su resu- rrección vindicó Su obra redentora, y Su exaltación lo invistió como el Líder soberano para que pudiese ser el Salvador (Hch. 2:22-24, 32, 36; 5:31). El hecho de que Dios resucitase a Jesús de entre los muertos es un testimonio contundente de que Dios lo aprobó. Así pues, al resuci- tarlo de los muertos, Dios ha afirmado y aceptado la redención que Jesús efectuó.

La exaltación de Jesús lo invistió como el Líder y Príncipe para que pudiese ser el Salvador. Hoy Él es el Príncipe-Salvador del universo y Su nombre es el único nombre “bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (4:12). El nombre *Jesús* es el nombre del Líder, del Príncipe, y es también el nombre del Salvador. Con toda libertad podemos invocar Su nombre todo el tiempo y no tenemos que sentir- nos cohibidos; podemos invocarlo tanto como nos guste. Siempre que invocamos Su nombre, somos salvos (Ro. 10:13). Si invocamos el nombre de Jesús, seremos salvos. ¡Cuán glorioso evangelio es éste! Vayamos y prediquemos este evangelio con este pleno entendimiento.

El hecho de que Dios lo exaltara constituyó el paso máximo en el cual fue perfeccionado por Dios para ser el Salvador del hombre

El hecho de que Dios lo exaltara constituyó el paso máximo en el cual fue perfeccionado por Dios para ser el Salvador del hombre. Hebreos 2:10 dice: “Convenía a Aquel para quien y por quien son todas las cosas, que al llevar muchos hijos a la gloria perfeccionase por los sufrimientos al Autor de la salvación de ellos”. El Autor de nuestra salvación es Jesús, que fue perfeccionado por los sufrimientos que

experimentó. Jesús fue perfeccionado por Dios mediante el proceso de encarnación, en el cual Él participó de la naturaleza humana, la existencia humana, la crucifixión, la resurrección y la ascensión a fin de poder llenar todos los requisitos necesarios para ser el Cristo de Dios y nuestro Salvador. En lo referido a la aptitud requerida, si Jesús no hubiera pasado por tales procesos, no habría sido perfeccionado. Sin embargo, “habiendo sido perfeccionado, vino a ser fuente de eterna salvación para todos los que le obedecen” (5:9). El Autor de la salvación en 2:10 viene a ser la fuente de eterna salvación en 5:9. Por tanto, no tenemos otro Salvador excepto este Jesús.

**COMO EL SALVADOR, CRISTO MISMO ES LA SALVACIÓN
QUE DIOS PREPARÓ PARA NOSOTROS Y LA CUAL NOS DIO**

Como el Salvador, Cristo mismo es la salvación que Dios preparó para nosotros y la cual nos dio (Lc. 2:30; 3:6; 19:9). De nuevo, debemos percatarnos de que la salvación que hemos recibido es una persona.

**La profecía de Zacarías se refiere
al mover redentor de Dios en beneficio de Su pueblo
para la salvación de ellos, el cual se realizó
cuando Cristo fue levantado primero en Su humanidad
como cuerno de salvación en la casa de David
y luego en Su divinidad como el sol naciente que viene
desde lo alto mediante la rica misericordia
de Dios y conforme a Su pacto santo**

La profecía de Zacarías se refiere al mover redentor de Dios en beneficio de Su pueblo para la salvación de ellos, el cual se realizó cuando Cristo fue levantado primero en Su humanidad como cuerno de salvación en la casa de David y luego en Su divinidad como el sol naciente que viene desde lo alto mediante la rica misericordia de Dios y conforme a Su pacto santo (1:67-79). Así pues, este mover redentor de Dios resulta en nuestra salvación, la cual se logró en virtud de la resurrección de Cristo en dos aspectos. Primero, Cristo fue levantado en Su humanidad como cuerno de salvación en la casa de David. El cuerno denota poder para combatir. En Su humanidad, Cristo fue levantado como Aquel que lucha por nosotros para salvarnos por completo. Él es el Capitán que abrió el camino hacia la gloria (He. 2:10). Así pues, nuestro Salvador es el Salvador que combate en beneficio nuestro.

Segundo, Cristo en Su divinidad es el sol naciente que viene desde

lo alto. Cristo es el resplandor de la rica misericordia de Dios que se manifiesta a nosotros en conformidad con el pacto santo que Dios hizo debido a Sus entrañables compasiones, en virtud del cual el sol naciente nos visitó desde lo alto para dar luz a los asentados en tinieblas y en sombra de muerte y encaminar sus pies por el camino de paz. Éste es el misericordioso resplandor de Cristo en Su divinidad.

Jesús el Salvador era el sol naciente para aquella época oscura

*Su venida puso fin a la noche del Antiguo Testamento
y dio inicio a la luz del Nuevo Testamento*

Jesús el Salvador era el sol naciente para aquella época oscura (Lc. 1:78). Su venida puso fin a la noche del Antiguo Testamento y dio inicio a la luz del Nuevo Testamento. La noche ha terminado, y el día ha empezado. Nosotros estamos en la era neotestamentaria, la cual tuvo su comienzo cuando Jesús el Salvador se levantó como el sol naciente.

*Como el fruto mencionado en la bendición de Elisabet,
Él es vida para nosotros*

Como el fruto mencionado en la bendición de Elisabet, Él es vida para nosotros (v. 42; Jn. 14:6). La palabra griega traducida “fruto” en Lucas 1:42 es la misma palabra designada para el árbol de la vida en Apocalipsis 22:2. Al referirse a Cristo como el fruto del vientre de María se da a entender que Cristo es nuestra vida.

*Como el sol de la profecía de Zacarías,
Él es luz para nosotros*

Como el sol de la profecía de Zacarías, Él es luz para nosotros (Lc. 1:78; Jn. 9:5; Mt. 4:16). Este Salvador es la vida y la luz para la humanidad. En *Himnos*, #49 Charles Wesley escribió: “¡Gloria al Sol de la justicia! / ¡Gloria al Príncipe de Paz! / Salvación trae en Sus alas, / Luz y vida eternal”.

*Como tal, es el que efectúa la obra redentora de Dios
y es el centro de la misma,
a fin de que Su pueblo obtenga la salvación*

Como tal, es el que efectúa la obra redentora de Dios y es el centro de la misma, a fin de que Su pueblo obtenga la salvación.

**El Salvador es la salvación de Dios; cuando Él viene,
viene también la salvación de Dios**

El Salvador es la salvación de Dios; cuando Él viene, viene también la salvación de Dios (Lc. 3:6). La salvación es Dios mismo; en el Nuevo Testamento Jah Jehová, quien es la salvación (Is. 12:2), es Jesús, el Dios encarnado (Mt. 1:21; Lc. 2:30). Ver y recibir al Salvador-Hombre equivale a ver y recibir la salvación de Dios (19:1-3, 9). Zaqueo vio y recibió al Salvador-Hombre (vs. 4, 6) y como consecuencia, recibió la salvación de Dios (v. 9).

**EL MÁS ALTO NIVEL DE MORALIDAD
DEL SALVADOR-HOMBRE ES LO QUE LO FACULTA
Y ES EL FACTOR BÁSICO PARA QUE ÉL PUEDA EFECTUAR
SU SALVACIÓN DINÁMICA**

**El Salvador-Hombre fue concebido de Dios
con los atributos de Dios, a fin de que éstos fuesen
el contenido y la realidad de Sus virtudes humanas**

*Las virtudes humanas del Señor estaban llenas
de los atributos divinos*

El más alto nivel de moralidad del Salvador-Hombre es lo que lo faculta y es el factor básico para que Él pueda efectuar Su salvación dinámica (1:31-32, 35). El Salvador-Hombre fue concebido de Dios con los atributos de Dios, a fin de que éstos fuesen el contenido y la realidad de Sus virtudes humanas (v. 35). Las virtudes humanas del Señor estaban llenas de los atributos divinos. Lucas 5:12-14 relata la historia en que el Señor sanó un leproso. El Señor lo sanó simplemente al tocarlo; sin embargo, fueron los atributos divinos en Sus virtudes humanas los que produjeron tal sanidad. En esta sencilla narración vemos no solamente las virtudes humanas del Señor que se expresan mediante Su amor, misericordia y compasión, sino también Su divinidad expresada mediante la sanidad que Él efectuó y en la manifestación de Su autoridad.

*La encarnación del Salvador-Hombre fortaleció,
enriqueció y santificó las virtudes humanas,
e introdujo los atributos divinos en las virtudes humanas
con miras a la expresión de Dios*

La encarnación del Salvador-Hombre fortaleció, enriqueció y santificó las virtudes humanas, e introdujo los atributos divinos en las

virtudes humanas con miras a la expresión de Dios. Vemos esto en la parábola del buen samaritano (10:25-37). Mediante Su encarnación, las virtudes humanas del Señor fueron fortalecidas, enriquecidas y santificadas. Estas virtudes, las cuales fueron creadas por Dios, estaban en el elemento humano del Señor cuando Él se hizo carne (Ro. 8:3). Sin embargo, Su encarnación fortaleció, enriqueció y santificó tales virtudes humanas e introdujo los atributos divinos en ellas con miras a que Dios fuese expresado en la vida que llevó el Salvador-Hombre en la tierra.

*Cuando Cristo se encarnó, Él se vistió de las virtudes humanas,
las cuales Dios había creado para el hombre
a fin de que éste le expresara*

Cuando Cristo se encarnó, Él se vistió de las virtudes humanas, las cuales Dios había creado para el hombre a fin de que éste le expresara (Gn. 1:26).

*En el Salvador-Hombre los atributos divinos
y las virtudes humanas se mezclan como una sola entidad;
los atributos divinos están en las virtudes humanas,
y las virtudes humanas contienen los atributos divinos*

En el Salvador-Hombre los atributos divinos y las virtudes humanas se mezclan como una sola entidad; los atributos divinos están en las virtudes humanas, y las virtudes humanas contienen los atributos divinos (Lc. 1:35; 2:40, 52).

**El Salvador-Hombre nació de la esencia humana
con las virtudes humanas,
a fin de rescatar estas virtudes de la caída del hombre,
y restaurarlas y recobrarlas del daño de dicha caída**

El Salvador-Hombre nació de la esencia humana con las virtudes humanas, a fin de rescatar estas virtudes de la caída del hombre, y restaurarlas y recobrarlas del daño de dicha caída (Mt. 1:18, 20; Lc. 1:27, 31-32).

Tenemos que entender claramente lo que es la salvación. La manera en que, en el principio, Dios creó al hombre fue muy especial y de importancia trascendental, pues Él lo creó a Su imagen. Esto significa que el hombre, conforme a la manera en que Dios lo creó originalmente, posee la imagen de Dios. Tal como hemos visto, la imagen de

Dios guarda estrecha relación con los atributos divinos. En cierto sentido, las virtudes del hombre son copias o “fotografías” de los atributos de Dios, como son: el amor, la luz, la santidad y la justicia. Así pues, el hombre fue creado a la imagen de Dios conforme a los atributos divinos, mas sin el contenido y la realidad de los mismos. No obstante, el hombre posee ciertas virtudes humanas, las cuales son la imagen de los atributos divinos. A los ojos de Dios, este hombre no solamente era bueno, sino que era bueno en gran manera (Gn. 1:31). Esto se debe a que el hombre tiene la imagen de Dios.

Sin embargo, Satanás se inyectó a sí mismo en el hombre, y éste se hizo pecaminoso; esto constituyó la caída del hombre. El resultado de esta caída no solamente hizo que el hombre se volviera pecaminoso, sucio e injusto, sino que también la imagen de Dios en el hombre fuera menoscabada. La caída del hombre estropeó en gran manera la humanidad que Dios había creado. Si bien el hombre fue creado como vaso para contener a Dios y expresarlo, dicho vaso humano fue estropeado y la imagen de Dios fue menoscabada prácticamente en su totalidad.

Cristo es la imagen del Dios invisible (Col. 1:15). Cristo, como imagen de Dios, no es una copia o “fotografía” de Dios, sino la imagen y realidad misma de Dios. En 2 Corintios 4:4 se nos dice que Cristo es la imagen de Dios. Luego, este Cristo, quien es la imagen de Dios, se hizo hombre, el Dios-hombre, y este hombre tiene la semejanza de carne de pecado pero sin la naturaleza pecaminosa (Ro. 8:3). Por consiguiente, Cristo, el Dios-hombre, era mejor que Adán en el sentido de que no solamente poseía la humanidad creada por Dios, la cual era totalmente pura, sino también la plenitud del Ser Divino. Él era el Dios-hombre que poseía la naturaleza y la esencia de Dios así como también la naturaleza y la esencia del hombre. Como hombre, Cristo no hizo otra cosa sino expresar a Dios. Si una persona quisiera ver a Dios, todo lo que tenía que hacer era acudir a este hombre, ya que este hombre era Dios expresado. En todos Sus gestos y sentimientos, Cristo expresaba a Dios porque Él era Dios mismo. Cristo era la divinidad expresada en la humanidad. Él mismo era los atributos divinos —el amor, la luz, la santidad y la justicia— que se expresaban en las virtudes humanas. Así que, Él no solamente poseía la virtud humana del amor, sino que poseía también el atributo divino del amor, el cual llenaba esa virtud humana Suya del amor. La combinación del atributo divino y la virtud humana constituye el verdadero amor. Así como Él no era meramente un hombre, tampoco era simplemente Dios. Si hubiera sido

solamente Dios y no hombre, Él no habría podido tener contacto con los hombres. Sin embargo, Cristo podía morar entre los hombres a fin de tocarlos, sanarlos y salvarlos. Si bien estaba con los pecadores, Él era el Dios-hombre. Por tanto, en Cristo la plena imagen de Dios fue expresada entre los hombres.

Este hombre pasó por un proceso; mediante Su vivir, muerte y resurrección, Él llegó a ser el Espíritu vivificante (1 Co. 15:45). Después, infundió Su propia persona como Espíritu vivificante en Sus discípulos al soplar en ellos, quienes eran hombres redimidos, a fin de regenerarlos como Dios-hombres (Jn. 20:22). La regeneración es el inicio de la restauración de la imagen de Dios en nuestro ser, específicamente en nuestro espíritu. Hoy por lo menos nuestro espíritu lleva la imagen de Dios. Después de la regeneración de nuestro espíritu, se inicia en nuestro ser otro proceso: la reproducción de la imagen de Dios en nuestra alma. Dicho proceso, el de duplicar o reproducir, es lo que la Biblia llama transformación, la cual tendrá su máxima consumación en la conformación (2 Co. 3:18; Ro. 8:29). Las palabras *transformación* y *conformación* comparten la misma raíz, *forma*. Así pues, este proceso está estrechamente ligado con la cuestión de la forma y la imagen. Cristo tomó “forma de esclavo, haciéndose semejante a los hombres” (Fil. 2:7). En el presente, mediante el proceso de la transformación y conformación, nosotros estamos tomando la forma, la expresión, de Dios. En esto consiste la salvación orgánica de Dios.

Este proceso llega a su consumación en el Dios corporativo, el Dios que se expresa en la humanidad redimida, regenerada y transformada. Este Dios corporativo es la iglesia, el reino, y también la Nueva Jerusalén. La Nueva Jerusalén es la imagen universal y corporativa de Dios expresado en los hombres, o sea, es la imagen universal de los atributos divinos expresados corporativamente en las virtudes humanas. Tras la creación del hombre, si bien Dios había dicho: “Muy bien”, cuando Él obtenga la plena expresión corporativa de Sí mismo en la humanidad, la Nueva Jerusalén, Él dirá: “Esto no sólo está muy bien, ¡esto es fantástico! Soy expresado en todo el ser del hombre tripartito que yo creé: en espíritu, alma y cuerpo del hombre tripartito. Este hombre se había perdido y dañado, mas lo salvé a fin de que llegara a ser parte de Mi expresión corporativa universal”. Somos salvos para expresar a Dios, para ser Su imagen y expresión. En este sentido, la salvación equivale a la expresión. *Himnos*, #49 hace mención de esto: “La fallida semejanza [de Adán] / Cambia a Tu imagen santa”.

**El Salvador-Hombre se encarnó a fin de elevar
las virtudes humanas al más alto nivel:
el nivel que concuerda con los atributos de Dios,
con miras a la expresión de Dios**

El Salvador-Hombre se encarnó a fin de elevar las virtudes humanas al más alto nivel: el nivel que concuerda con los atributos de Dios, con miras a la expresión de Dios con miras a la expresión de Dios (Mt. 5:20).

**La encarnación del Salvador-Hombre
produjo el más alto nivel de moralidad,
y esta moralidad es para el poder salvador
de Su salvación dinámica**

La encarnación del Salvador-Hombre produjo el más alto nivel de moralidad, y esta moralidad es para el poder salvador de Su salvación dinámica (Lc. 1:35). La encarnación del Salvador-Hombre produjo el más alto nivel de moralidad, esta moralidad redundante en Su poder para salvar, y este poder tiene la función de efectuar Su salvación dinámica. Ésta es la razón por la cual iniciamos este Estudio de cristalización de Lucas tratando sobre la encarnación de Dios para después hablar sobre el más alto nivel de moralidad y así poder, en este mensaje, abordar el tema de la salvación dinámica que el Salvador-Hombre efectúa.

*A fin de salvarnos, Dios entró en el hombre,
lo cual introdujo los atributos de Dios en las virtudes humanas;
Él llevó la vida de un Dios-hombre, en la cual los atributos
divinos llenaban las virtudes humanas;
y luego murió en la cruz y resucitó*

A fin de salvarnos, Dios entró en el hombre, lo cual introdujo los atributos de Dios en las virtudes humanas; Él llevó la vida de un Dios-hombre, en la cual los atributos divinos llenaban las virtudes humanas; y luego murió en la cruz y resucitó (23:33-34; 24:1-7, 26, 36-40).

*En Su resurrección Él fue hecho Espíritu vivificante,
y como Espíritu, Él entra en nosotros
para introducir a Dios en nuestro ser
y llenar nuestras virtudes con los atributos divinos*

En Su resurrección Él fue hecho Espíritu vivificante, y como Espíritu, Él entra en nosotros para introducir a Dios en nuestro ser y

llenar nuestras virtudes con los atributos divinos (1 Co. 15:45; 6:17; Ef. 3:16-17a). Al salvarnos, el Señor en realidad salva nuestra humanidad caída, particularmente, nuestras virtudes humanas, ya que las enriquece, las fortalece y las eleva a fin de que dichas virtudes correspondan a Sus atributos divinos y se conviertan en el elemento conductor ideal mediante el cual Sus atributos divinos puedan ser expresados. Nuestras virtudes humanas serán enriquecidas, fortalecidas y elevadas hasta el grado en que los atributos divinos y nuestras virtudes humanas sean inseparables, tal como lo fueron en Cristo, el Dios-hombre. Esto se debe a que los atributos divinos y las virtudes humanas se habrán unido y mezclado de tal manera que los atributos divinos serán expresados a través de esas virtudes humanas y como tales.

*Cuando nos salva, Él entra en nosotros
como Aquel que posee las virtudes humanas llenas
de los atributos divinos; esta vida nos salva desde nuestro interior
y eleva nuestras virtudes humanas, restaurándonos
y transformándonos*

Cuando nos salva, Él entra en nosotros como Aquel que posee las virtudes humanas llenas de los atributos divinos; esta vida nos salva desde nuestro interior y eleva nuestras virtudes humanas, restaurándonos y transformándonos (Ro. 12:2).

**El más alto nivel de moralidad
es lo que facultó al Salvador-Hombre
para efectuar Su salvación dinámica; el mejor ejemplo
de esto es la parábola del buen samaritano,
lo que muestra que este samaritano expresó
en su vivir el más alto nivel de moralidad
y salvó al perdido mediante Su nivel de moralidad**

El más alto nivel de moralidad es lo que facultó al Salvador-Hombre para efectuar Su salvación dinámica; el mejor ejemplo de esto es la parábola del buen samaritano, donde se nos muestra que aquel samaritano expresó en su vivir el más alto nivel de moralidad y salvó al perdido mediante Su nivel de moralidad (Lc. 10:25-37). La parábola del buen samaritano, narrada únicamente por Lucas, transmite el principio del más alto nivel de moralidad y su relación con la salvación completa que el Salvador efectúa. En esta parábola, el Salvador presenta un hombre como figura representativa de aquel intérprete de la ley que

quería justificarse a sí mismo (v. 29) dando a entender que era un pecador y había caído del fundamento de la paz (Jerusalén) a la condición de maldición (Jericó).

El samaritano representa al Salvador-Hombre, quien aparentemente era un laico de condición humilde. Era menospreciado y difamado, como un samaritano miserable (Jn. 8:48; 4:9 y la nota 1) por los fariseos que se exaltaban y eran justos en su propia opinión, incluyendo a la persona con quien Él estaba conversando (Lc. 10:25, 29). El Salvador-Hombre en Su viaje ministerial, en el cual buscaba al perdido y salvaba al pecador (19:10), descendió al lugar donde la víctima herida por los ladrones judíos estaba en su condición miserable y moribunda. Cuando le vio, fue movido a compasión en Su humanidad y Su divinidad, y le brindó sanidad y salvación tierna y cuidadosamente, satisfaciendo completamente su necesidad inmediata (10:33-34). Todos los puntos del cuidado que administró el buen samaritano al moribundo describen al Salvador-Hombre en Su humanidad con Su divinidad, que cuida misericordiosa, tierna y abundantemente a un pecador condenado bajo la ley, demostrando claramente el más alto nivel de Su moralidad en Su gracia salvadora: (1) Él le vendó las heridas, o sea, le sanó; (2) echó aceite y vino sobre sus heridas, o sea, le dio el Espíritu Santo y la vida divina (Mt. 9:17 y la nota 1; Jn. 2:9 y la nota 1); (3) lo puso sobre su propia cabalgadura (un asno), o sea, lo llevó con medios humildes y con humildad (Zac. 9:9); (4) lo llevó a un mesón, es decir, lo llevó a la iglesia; (5) cuidó de él, o sea, lo cuidó por medio de la iglesia; (6) pagó en el mesón por él; esto equivale a bendecir a la iglesia en lugar de él; (7) Él dijo que todo lo que el mesón gastara, él lo pagaría a su regreso; así afirmó que todo lo que la iglesia gaste por uno que el Señor salve en esta era, será pagado cuando el Salvador regrese.

**El más alto nivel de moralidad
también constituye el factor básico
para que Él pudiera efectuar Su salvación dinámica;
vemos esto en el caso de Zaqueo**

*Cuando el Salvador-Hombre vino a la casa de Zaqueo,
vino con el Espíritu de poder y con la vida eterna e indestructible,
a fin de impartírselos en el momento en que creyera en Él*

El más alto nivel de moralidad también constituye el factor básico para que Él pudiera efectuar Su salvación dinámica; vemos esto en

el caso de Zaqueo (Lc. 19:1-10). Cuando el Salvador-Hombre vino a la casa de Zaqueo (v. 5), vino con el Espíritu de poder y con la vida eterna e indestructible, a fin de impartírselos en el momento en que creyera en Él (4:18; He. 7:16; Jn. 3:15). Cuando Zaqueo vio a Jesús, y cuando Jesús entró en su casa, Zaqueo se convirtió en otra persona. No solamente mejoró como persona, sino que llegó a ser otra persona completamente distinta, pues experimentó un cambio dinámico, lo cual nada ni nadie puede efectuar excepto el Espíritu de poder y la vida eterna.

*El Espíritu con la vida eterna,
semejante a la electricidad divina, estaba en la humanidad
del Señor, cuya norma es la más elevada;
cuando Él miró a Zaqueo y le habló, el Espíritu con Su vida
eterna entró en él, y Zaqueo respondió*

El Espíritu con la vida eterna, semejante a la electricidad divina, estaba en la humanidad del Señor, cuya norma es la más elevada; cuando Él miró a Zaqueo y le habló, el Espíritu con Su vida eterna entró en él, y Zaqueo respondió (Lc. 19:6-9). El Espíritu con la vida divina nos es impartido en nuestro ser mediante las virtudes humanas de Cristo. Incluso el hecho de que el Señor mirara a Zaqueo le infundió algo a su ser. Además, las palabras de gracia provenientes de Cristo le transfundió a Zaqueo algo del Espíritu junto con la vida eterna. Por eso, Zaqueo respondió al Señor. El acto de creer en el Señor Jesús es una respuesta a la transfusión de la vida divina y del Espíritu efectuada mediante la preciosa y agradable humanidad del Señor. En la vida que llevamos y en la predicación del evangelio, no deberíamos “actuar como Dios”, más bien, debiéramos ser simplemente aquellos en quienes Dios vive y a través de quienes Él fluye en calidad del Espíritu y de la vida divina para sanar a las personas.

*Nuestro Salvador, quien resucitó, ascendió y fue exaltado por Dios,
es como un enorme imán que atrae a las personas a Sí mismo,
y nosotros hemos sido atraídos por Su dinámico poder salvador*

Nuestro Salvador, quien resucitó, ascendió y fue exaltado por Dios, es como un enorme imán que atrae a las personas a Sí mismo, y nosotros hemos sido atraídos por Su dinámico poder salvador (He. 12:2). Nuestro Salvador es el imán que nos atrae e incluso nos cautiva. Además, somos atraídos también por Su poder dinámico que nos salva.

**El dinámico poder salvador del Salvador-Hombre
está constituido de Su más alto nivel de moralidad
en la cual se encuentran Su poderoso Espíritu
y Su vida eterna; ¡cuánto necesitamos a este Salvador-Hombre
y Su salvación dinámica!**

El dinámico poder salvador del Salvador-Hombre está constituido de Su más alto nivel de moralidad en la cual se encuentran Su poderoso Espíritu y Su vida eterna. ¡Cuánto necesitamos a este Salvador-Hombre y Su salvación dinámica!

¡Cuánto aprecio sentimos por nuestro Salvador-Hombre y Su salvación dinámica! Dicho aprecio se halla reflejado en un pasaje de *Himnos*, #489:

Lavó Él mis heridas,
Aceite y vino echó;
“Te hallé y eres mío”,
Seguro susurró.
Jamás oí tan dulce voz
Que alegró mi corazón.

¡Oh, amor que busca!
¡Oh, sangre que compra!
Por gracia al rebaño me llevó,
¡Asombrosa gracia me llevó!

¡Alabado sea nuestro Salvador-Hombre por Su salvación dinámica!—M. C.

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DEL EVANGELIO DE LUCAS

**El reino de Dios
(Mensaje 6)**

Lectura bíblica: Lc. 1:32-33; 4:43; 13:29; 17:21-22; 19:12

- I. La iglesia hoy es el aumento de Cristo en vida, pero el reino eterno de Dios es el aumento de Cristo en administración—Dn. 2:34-35, 44; Mr. 4:26-29:
 - A. En vida, Cristo crece para llegar a ser la iglesia; en administración, Cristo crece para llegar a ser el reino—Jn. 3:15, 29a, 30a; Dn. 2:34-35, 44.
 - B. Cristo no sólo es la iglesia, sino también es el reino de Dios; tanto la iglesia como el reino son Su aumento—1 Co. 12:12; Lc. 17:21; Mr. 4:26-29.
- II. El Evangelio de Lucas es rico en la revelación que nos presenta en cuanto al reino de Dios:
 - A. “El Señor Dios le dará el trono de David Su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y Su reino no tendrá fin”—1:32b-33; 2 S. 7:13, 16:
 1. Jesús tendrá la casa de Jacob —la nación de Israel— como el centro de Su reinado (Hch. 1:6; 15:16), a través de la cual Él regirá todo el mundo como Su reino (Ap. 11:15), primeramente en el milenio (20:4, 6) y luego en el cielo nuevo y la tierra nueva por la eternidad (22:3, 5).
 2. Cristo, quien está íntimamente relacionado con David (Ez. 34:23; Mt. 1:1; 12:1-4; Lc. 1:32), reinará como Rey en el tabernáculo de David en la era venidera durante la restauración de Israel; el Cristo que reinará en el reino milenar es, de hecho, Jehová de los ejércitos, y el hecho de que Cristo reine en el tabernáculo de David nos habla de consuelo, aliento y restauración (Is. 16:5; 24:23; Hch. 15:16; cfr. 2 Co. 1:3-5).
 - B. “Es necesario que también a otras ciudades anuncie el